

RECTIFICACIÓN

AL SEÑOR MINISTRO DE ULTRAMAR.

Una brevísima rectificación.

Nunca pensé que el Sr. Ministro de Ultramar nos reconviniere por nuestro silencio, cuando ese silencio obedecía á móviles tan patrióticos. Pero no es exacto que nosotros hayamos callado tanto; en su sazón oportuna presentamos el proyecto de abolición de la esclavitud, sosteniéndolo mi consecuente correligionario el Sr. D. Fernando Garrido. ¿Quién le contestaba en nombre de la Comisión constitucional, negándole que hubiese llegado la hora de tratar este asunto? El Sr. Ministro de Ultramar, que olvida en ese banco los discursos pronunciados en el banco de la Comisión, como en el banco de la Comisión olvidaba los discursos pronunciados en los *meetings*.

Dice el Sr. Ministro de Ultramar que es utópica la abolición inmediata. Pues esa utopía la ha firmado S. S. conmigo en un documento célebre. En una cosa estoy acorde con el Sr. Ministro de Ultramar. Si le quitamos una sola piedra á la Babilonia de la esclavitud, se vendrá á tierra; pero con mi idea hubiera sido una demolición, y con las ideas de S. S. se desplomará con estrépito.

Yo he salvado mi responsabilidad, y me quedo tranquilo en mi conciencia.

DISCURSO

PRONUNCIADO EL DÍA 3 DE NOVIEMBRE SOSTENIENDO UN VOTO DE CENSURA AL MINISTERIO POR LA PRESENTACIÓN DE LA CANDIDATURA DEL PRÍNCIPE AMADEO DE SABOYA Á LA CORONA ESPAÑOLA.

Señores Diputados: Si no fuera por molestar nuevamente al Sr. Secretario, rogaría que se volviese á leer mi proposición; pero la acabo de redactar, la sé de memoria, si no en sus términos, en su sentido, y la recitaré á la Cámara:

«Pedimos á las Cortes que, en vista de la política interior y exterior del Gobierno, y en vista de las facultades que sin la debida autorización parlamentaria se ha arrogado el Presidente del Consejo de Ministros, ofreciendo la corona de España á candidatos extranjeros, desconocidos del pueblo é incapaces de representar su soberanía, se sirvan manifestar su profundo desagrado por esta usurpación de sus atribuciones.»

Señores Diputados, si tuviera la seguridad de que la evidencia sirve en los Parlamentos modernos, yo no sostendría mi proposición. El Presidente del

Consejo de Ministros acaba de apoyarla fuertemente con el relato de su tristísima odisea por toda Europa en pos de un desdichado Monarca. Él nos ha dicho que ha pedido candidato á todas las dinastías. El nos ha asegurado que uno de esos candidatos ha producido nada menos que la guerra universal. Él, después, ha vuelto á decirnos que la Casa de Saboya nos dió nada menos, señores, que dos negativas, nos hizo nada menos que dos desprecios. Él ha continuado afirmándonos que, monárquico á prueba de desdenes, á prueba de menosprecios, ha vuelto tercera vez á pedir á la Casa de Saboya se digne venir á regirnos y á salvarnos. Él, por último, ha concluido proclamando que no hay candidato español y prometiendo que nos traerá mañana el protocolo de la candidatura extranjera presentada á la Cámara.

¿Y por qué, por qué no habéis traído antes el protocolo? ¿Por qué no habéis enterado antes á las Cortes?

Aquí se da un caso bien grave, Sres. Diputados. Las Cortes nada saben de ese candidato; no hay en el acta un anuncio, no hay sobre la mesa un papel, ni siquiera aquella especie de telegrama que sirvió á otro Gobierno de justificativo para declarar una guerra tan espantosa como la que hoy desquicia á Europa. Los Diputados de la nación, sus representantes, los árbitros de su soberanía, no sabemos nada del candidato, y ya lo sabe el ejército, lo cual de-

muestra cómo al Presidente del Consejo le importan más las bayonetas de los soldados que los votos de los representantes del pueblo, y cómo espera sostener su elegido antes por la fuerza de los campamentos que por la autoridad de las Cortes.

Señores Diputados, yo no comprendo que el señor Presidente del Consejo de Ministros se levante y nos diga que ha seguido eso que llama negociaciones como si fuera negocio del departamento adscrito al Sr. Figuerola. ¿Cuándo, en qué tiempo, en qué ocasión le hemos dado nosotros, le han dado las Cortes esas atribuciones? Que se me cite el acuerdo, que se me cite la sesión.

Pues qué, ¿tan poco éramos nosotros, tan poco representábamos que para buscar rey no debía haberse consultado la voluntad de las Cortes Constituyentes? ¿No debía haberse pedido su venia al Parlamento? Lo dejo á la conciencia de los Sres. Diputados; lo dejo á la conciencia del pueblo. Se ha querido traer un rey en secreto; han temblado los hacedores de reyes delante de la opinión pública; han temido á la tribuna, y, sin embargo, nada puede ocultarse en estos Gobiernos de discusión y de luz á la opinión y á la tribuna. Podemos escudriñarlos todo; podemos discutirlos todo; lo discutiremos todo hoy, sí, y exigiremos la verdadera responsabilidad. El Presidente del Consejo lo necesita, porque después de habernos faltado, no ha sido de su falta argüido ni siquiera por su propia conciencia.

Yo podría hablar de la política interior del Gobierno; yo podría hablar de esa república francesa, reconocida y no reconocida; yo podría hablar de ese Código penal que ya está dando sus resultados en los escritores conducidos á las cárceles; yo podría hablar de esos capitanes generales de las Antillas que se oponen á la promulgación de las leyes benéficas dadas por las Cortes; yo podría hablar de esos otros capitanes generales que se erigen soberbiamente en legisladores, y dan Códigos é imponen castigos y violan todas las leyes.

Pero esto desaparece delante del interés supremo, delante de la candidatura al trono. Al oponerme á la política interior y corriente, expresaría nuestras quejas; al oponerme á la política del porvenir, creo expresar algo más grave, las quejas de las venideras generaciones. Cuando el ánimo considera la inmensidad del asunto y la debilidad de las propias fuerzas, se abate; de grado renunciaría á tal tarea si lo consintiera la dura ley del deber y la imperiosa voz de la conciencia. Sin embargo, la situación de España, su estado presente, puede compendiarse en una fórmula gráfica, decisiva, suprema: sustitución de la política dinástica de D.^a Isabel II por la política personalísima del Presidente del Consejo.

Este mal nos ha traído una serie de males; en lo interior, la ruina y el caos; en lo exterior, la guerra, esa guerra á cuyos golpes, que tristemente resuenan en todos los corazones humanos, parece como que

se desquicia este continente, espejo ayer de la civilización universal, obscura tromba hoy de sangre, de incendios, de asolamientos y de matanzas.

Si yo fuera dado á las reconvenções, ¡cuántas y cuán acerbas no podría dirigiros, recordando los discursos pronunciados en estos bancos y la inexorable indiferencia que opusisteis á todos esos discursos, cuando os demostraban una verdad, confirmada ya por dolorosos hechos; la verdad de que vuestro empeño en buscar extraños reyes por el mundo había de traernos al cabo una pavorosa catástrofe!

Tristes eran mis pensamientos; pero ha sido más triste la realidad. Fúnebres eran mis pronósticos; pero han sido más fúnebres los hechos.

Cuando oigo los lamentos de tantos huérfanos y de tantas viudas, el crujir de las ciudades desplomándose bajo la granizada de las bombas, el hervor del incendio que envía nubes de sangre á los aires cargados ya de lágrimas; cuando veo medio millón de cadáveres casi insepultos, que de sus restos despedazados exhalan los miasmas de la peste para los infelices que los han sobrevivido; y París, la capital del género humano, París, la ciudad donde todos hemos ido á recoger las ideas de nuestro siglo, amenazada como Roma por Alarico, no comprendo por qué no desaparecéis de ahí, Diputados monárquicos, Ministros monárquicos, cual Caín á la voz de Dios, bajo el peso abrumador de los remordimientos.

El origen de todos nuestros males ¡ay! está bien

claro, es bien sencillo. El origen de todos nuestros males consiste en haberse empeñado en que la revolución trajera un estado monárquico, cuando la revolución ha traído un estado republicano.

Aquí, sin quererlo, sin saberlo, todos, todos, unos más otros menos, todos hemos sido republicanos. Y han sido republicanos, Sres. Diputados, no solamente aquellos que han predicado la república en los comicios y en el Congreso, obedeciendo al ideal de su conciencia; han sido republicanos los que fiaron á una Asamblea Constituyente la decisión de la forma de gobierno, empeñados en lo imposible, en que el rey fuese nuestra criatura, cuando para vivir respetado y reinar glorioso debió haber sido nuestro creador; han sido republicanos los legisladores que han formulado el título 1 de la Constitución, incompatible con toda monarquía; han sido republicanos los escritores que, llamándose monárquicos, han discutido los diversos candidatos con implacable saña, y en vez de ceñirles la aureola del respeto, les han entregado al pueblo para que los devorara cubiertos con el lodo del ridículo; han sido republicanos los partidos de esta Asamblea que jamás han llegado á esa unanimidad moral que la teología monárquica exige para dar fuerza á sus mentidos dioses; ha sido republicano el suelo de esta sociedad, el aire que aquí se respira, la luz que nos alumbrá; porque dos años de crítica implacable han destruído la fe monárquica en todos los corazones, y á los pueblos,

que han perdido esa fe, esa manera de encantamento, les pasa lo mismo que les pasa á los individuos, que al tránsito desde la niñez á la pubertad pierden la inocencia, y no vuelven jamás á recobrarla.

Yo sé muy bien cuanto me va á decir el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, lo sé de antemano, me lo ha dicho muchas veces: «¿Qué había yo de hacer? Asediado, constreñido por los partidos monárquicos, forzado á traer un rey, lo he traído.» ¡Rey! Pues qué, ¿puede ser el rey obra de un momento, del acaso, del capricho? Si tanto les interesaba á los partidos monárquicos tener rey; si tan necesitados estaban de él; si creían tan menguada esta nación, que la juzgaban incapaz de gobernarse á sí misma, ¿por qué con la cabeza descubierta y la rodilla en el polvo no conservaron la antigua dinastía? Los reyes en la sociedad son como los metales en el planeta, los hijos de los siglos.

Y después de una revolución que ha destruído un trono, es imposible levantar otro. Esto que es difícil para todos, ¡ah! es mucho más difícil para los partidos revolucionarios, y lo es inmensamente más para los monárquicos de ocasión que tengo á mi izquierda.

Vosotros no sois de los acostumbrados á respetar las monarquías; vosotros tenéis el corazón rebosando ira contra los reyes; la conciencia llena de ideas democráticas; la desconfianza de la tradición por norma en vuestra conducta; las conjuraciones por necesidad

de vuestro temperamento; la crítica amarga, tan lejana de la fe, por complexión de vuestro espíritu; vosotros sois tan excelentes para derribar tronos, como incapaces de reconstruirlos.

Y sin embargo, no aprenderéis en tristes y dolorosos ejemplos. Ya veréis cómo el rey, por poco que dure, se desaviene de los revolucionarios que lo traen, y se va con los conservadores que lo combaten. Y hará muy bien: primero, porque vosotros, que servís para tribunales, estáis muy mal en los salones de los cortesanos, y después, porque algún castigo ha de guardar la moral pública para apostasías tan tristes como vuestra suicida apostasía.

Aquí, Sres. Diputados, y vuelvo á repetir lo que he dicho al principio, aquí si se deseaba la monarquía, era necesario conservar la cadena misteriosa que ligaba, á los ojos del pueblo, la corona con el cielo. ¿Por qué? Porque después de una revolución es imposible la unanimidad moral. Teníais un trono apoyado sobre la roca, y para hacerlo más fuerte, vais á traer un trono apoyado sobre las olas. Así, la estabilidad que no ha conseguido la monarquía hereditaria, no la esperéis de la monarquía electiva. La voluntad nacional es su fundamento: la voluntad nacional es movible, es cambiante, por lo mismo que la voluntad nacional es progresiva. Sobre ella no es dado erigir ningún poder permanente. Y cuando el rey no inspira á todos los partidos, aun á los republicanos, el respeto que inspira el Rey de Bélgica á

los belgas, y la Reina de Inglaterra á los ingleses, señores Diputados, es preferible no tener monarquía, porque en vez de encontrar en ella la libertad y la paz, encontraréis la revolución y la guerra.

Aquí hay partidarios de D. Carlos de Borbón, y me están escuchando; partidarios de D. Alfonso de Borbón, y no lo habrá olvidado la Cámara; partidarios del Duque de Montpensier, y muy entusiastas, muy enérgicos, como, por ejemplo, el ilustre marino mi amigo el Sr. Topete; partidarios de ese candidato indefinido, indeterminado, de esa X diplomática que guardaba el general Prim en los abismos de su voluntad y de su conciencia. ¿Y creéis que con todas estas divisiones puede venir aquí un rey respetado?

No me digáis que esas divisiones existen también en el partido republicano. Es verdad, y yo no niego nunca la verdad. Pero la variedad es la ley de las repúblicas, y la unidad la ley de las monarquías. Las repúblicas se vivifican con las divisiones; las monarquías con las divisiones se pierden. Las repúblicas mueren así que mueren los partidos; las monarquías mueren así que nace un solo partido antidinástico. Si la antigua monarquía, arraigada en el tiempo, no pudo resistir á un solo partido antidinástico, no bien definido, no bien claro, ¿cómo queréis que esta nueva dinastía resista á cinco partidos antidinásticos y á un formidable partido republicano? No conozco insensatez más grande.

El prestigio monárquico es un privilegio que el

rey transmite por la herencia á todas sus generaciones. ¿Ha perdido este privilegio el rey hereditario? No lo recobrará el rey electivo. Así es que para crear una monarquía no basta, señores, con que unos cuantos representantes se congreguen aquí y nombren un monarca. Las monarquías se fraguan en las grandes ideas, en los grandes sentimientos; y las ideas y los sentimientos no se fraguan en las Asambleas. Un físico no puede de ninguna suerte producir la tempestad; producirá una chispa eléctrica en la botella de Leyden; producirá la corriente eléctrica en la pila de Volta; pero ¡la tempestad! La tempestad sólo se produce en el inmenso laboratorio de la naturaleza. Vosotros, Diputados, podéis decretar leyes, pero no creencias; promulgar Constituciones, pero no sentimientos. Esto se produce en el inmenso laboratorio del espíritu.

El prestigio monárquico se crea por ese ser anónimo, indefinido, irresponsable; pero real, vivo, orgánico, que se llama sociedad. ¿Existe en nuestra sociedad ese prestigio, existe ese sentimiento? ¿Si ó no? Si no existe, no lo crearéis por una ley, por un decreto. Si existe, el legislador lo obedecerá como la aguja imantada obedece al magnetismo del polo. Os acaban de anunciar que se va á salir de la interinidad, que por fin vais á tener un rey; y nadie, absolutamente nadie, se ha sonreído, nadie se ha regocijado, nadie ha aplaudido, nadie se ha levantado, nadie ha proferido un ¡viva! todos habéis quedado

fríos, como si al presentaros un monarca, os hubieran presentado un cadáver. ¿Creéis que á la glacial temperatura de esta Cámara se puede forjar una corona, operación que necesita el fuego del entusiasmo? Las instituciones fuertes, los nombres populares son impuestos por los pueblos á las Asambleas, y no por las Asambleas á los pueblos.

Un ejemplo patentizará esta verdad. Nadie hubiera podido impedir en 1836 que D.^a María Cristina de Borbón fuese la Reina Gobernadora; las olas de la revolución se aquietaban á su sonrisa. Nadie hubiera podido impedir en 1832 que la cuna de doña Isabel II fuera de nuestras libertades el altar, ni en 1868 que el trono de D.^a Isabel II fuera de esas mismas libertades el sepulcro. Los huesos de los liberales sacrificados en la guerra civil se hubieran levantado por sí solos contra la ingratitud de la Reina si nosotros no nos levantamos. Pero aquí, prescindiendo de una corta fracción, prescindiendo de unos pocos individuos, que sólo por sentimiento de antigua lealtad y por espíritu de romanticismo, tienen fe en la monarquía, las demás fracciones monárquicas se hallan todas dominadas por la razón, desposeídas de entusiasmo, creyendo que los intereses podrán sustituir á las pasiones, y el frío cálculo crear una institución que sólo puede ser engendrada por el heroísmo.

Yo he oído á uno de los oradores más ilustres, no ya de esta Cámara, sino de Europa entera, al señor

Cánovas del Castillo, dolerse de la ausencia del príncipe Alfonso, y decir que es el candidato de su corazón; pero que está decidido á reconocer y acatar á otro candidato alzado al trono por la mayoría de la Cámara. Yo he visto á muchos partidarios del Duque de Montpensier, que le conocen, que le tratan, que le han seguido en el destierro, que saben los servicios por él prestados á la revolución, yo les he visto sostener á ese candidato enérgicamente en otro tiempo; y así que se ha presentado uno nuevo, abandonarlo á incomprensible olvido. Yo he visto al partido progresista posponiendo el general Espartero á un obscuro coronel de hulanos.

Yo he visto á la mayoría de esta Cámara indiferente á un rey del Norte ó del Sur, de las regiones boreales ó de las regiones tropicales, germano ó latino, mayor ó menor de edad; dispuestos por el Sultán de Constantinopla ó por el Emperador de Marruecos, á correr los azares de una guerra civil, de una guerra extranjera, con tal que no se exigiese ninguna creencia á su espíritu vacío, ningún sacrificio á su empedernido egoísmo.

Y en vista de esto, Sres. Diputados, ¿qué queréis que yo piense, qué queréis que piense Europa de la fe monárquica de esta Cámara monárquica? El señor Presidente del Consejo de Ministros, al cual vuelvo con sentimiento mío, porque S. S. es el centro hacia el que gravita toda la situación, el señor Presidente del Consejo de Ministros nos ha contado

su largo viaje en pos de rey por toda Europa. Sin conocimiento ni del Parlamento, ni del Ministerio, negociaba candidatos. Era y es un dictador. Yo comprendo todas las dictaduras; todas las comprendo y las explico, aunque las siento; yo no puedo comprender la dictadura que el general Prim ha tomado por culpa de nuestras serviles complacencias en esta altiva España. Los romanos la consentían *ad tempus*, temporalmente. Cincinato la ejerció quince días, y en quince días la inmortalizó. Seis meses eran el término legal de las dictaduras. Enfermedad destinada á matar otras enfermedades mayores, nunca en Roma se hizo crónica, sino al acabar la república. Pero ¿habéis visto un dictador tal como el Presidente del Consejo; habéis visto un dictador eterno? Él, dictatorialmente, crea hoy una monarquía, y como la monarquía es hereditaria, transmite á las venideras generaciones su arrogante dictadura. Así como llamaban los poetas antiguos á Júpiter el padre de los dioses y de los hombres, al general Prim le llamarán los historiadores modernos el padre de los príncipes y de los reyes. Todos le han visto teniendo la corona en las manos, y todos han visto reproducirse en su figura la siniestra figura del cardenal Portocarrero. Aquél tenía también una corona en sus manos; aquél urdía también negociaciones misteriosas para donar esa corona al pie del lecho de Carlos II expirante. Sólo que entonces el dispensador de la gracia era un fraile, y hoy es un soldado; sólo que

allí espiraba, se extinguía la vida de un rey, y aquí expira, se extingue la honra de todo un pueblo.

Y para que el paralelo sea más exacto, descúbrense en torno de la corona que sostenía el cardenal Portocarrero y en torno de la corona que sostiene el general Prim, agitados, convulsos de ambición, príncipes de la Casa de Francia, príncipes de la Casa de Alemania, príncipes de la ambiciosísima y maquiavélica Casa de Saboya.

Vamos á ver, Sres. Diputados, vamos á examinar el viaje del general Prim. No lo creará la historia. Primero llamó á la puerta del vecino palacio donde habita un príncipe indiferente, que prefiere la tranquilidad de su hogar á los peligros de un trono. Yo no he visto nunca un entusiasmo tan oficial como el entusiasmo del partido progresista democrático, y eso que se compara con los cimbríos; ni una docilidad tan grande como la docilidad de la mayoría de esta Cámara, y eso que se llama soberana. Así que el general Prim piensa en monarca, la mayoría piensa en votarlo, y votarlo con grande entusiasmo. Nosotros estamos aquí para matar ilusiones monárquicas, esas ilusiones que no vienen á ser sino los insectos producidos por la putrefacción de la monarquía. Y nosotros dijimos que D. Fernando de Portugal debía ser condecorado con este pomposo título, don Fernando el Imposible. ¿Y por qué? ¿Por qué era imposible? Porque Portugal no podía consentir que se dejase su autonomía pendiente de los azares de una

herencia y de los empeños de una guerra civil con españoles. Y así es que D. Fernando oyó la oferta y no la aceptó. Y un Coburgo, un oscuro príncipe alemán, un rey viudo de Portugal pudo decir á los suyos: he despreciado la corona de Carlos V y de Isabel la Católica; he despreciado esa corona que fué como el áureo zodiaco del planeta; he despreciado esa corona á cuya sombra murieron las dos glorias mayores de Portugal, Magallanes y Camoens. Ved para qué sirve la corona que debía descansar intacta sobre el panteón del Escorial, restaurada en manos del general Prim: para hacernos enrojecer de humillación y de vergüenza.

Desde Portugal pasó á Italia, y allí encontró un gentil niño, el Duque de Génova. El entusiasmo oficial creció de punto, y oyéronse discursos en los cuales se anunciaba que el joven príncipe nos iba á traer en su bolsa de colegial de Harrou las artes italianas, la pintura, la escultura, la poesía, y sobre todo, la música de Italia. (*Risas.*)

Pero, señores, aquel candidato renunció también; aquel candidato arrojó el cetro de España, el eje sobre que han girado los mundos, cual si fuera un juguete. Su tutor, el Rey de Italia, le obligó á menospreciar la corona. ¿Sabéis por qué? Y esto os explicará las evoluciones posteriores. Porque todavía estaba el emperador Napoleón en París; y el emperador Napoleón, con permiso sea dicho de cierto correligionario mío, temía bastante más á la tribuna

que á las barricadas; temía bastante más á las sesiones parlamentarias que á los clubs de la Villeté; temía bastante más que las escaramuzas de los exaltados en Belleville, los discursos de Favre y de Gambetta en las Cámaras. Por consecuencia, temió mucho el emperador Napoleón que le dijeran que había levantado dos unidades: una en los Alpes y otra en el Rhin, amenazando á Francia, y que había sumado Italia con España. El emperador Napoleón ha desaparecido. Francia, la Francia creadora de Italia, la Francia, á quien Italia se lo debe todo, está en una grande angustia; y de esa angustia se aprovechan los antiguos reyes del Piamonte, que debían mirar con lágrimas de dolor el estado de Francia, que debían correr á su defensa, si el corazón de los reyes fuese capaz de sentimientos humanos; se aprovechan como si creyeran que podía morir el inmortal espíritu francés, con el que moriría el verbo de la civilización, la idea cosmopolita universal, y ese apostolado de la propaganda que nadie puede disputarle á Francia, en cuya frente no se ha extinguido jamás la lengua de fuego que se llama el pensamiento de las revoluciones modernas. Víctor Manuel sirvió á Francia fuerte, y desirve á Francia débil. Francia saldrá mayor de esta revolución y no olvidará jamás tan monstruosa perfidia.

El Presidente del Consejo dió un salto mortal. De Italia pasó á Alemania. Todo el mundo sabía que un candidato alemán, un candidato de la Casa de Hohen-

zollern iba á traer consigo una guerra inmediata. Yo lo dije así en el mes de Abril. Muchos señores Diputados conocen el documento en que este anuncio mío se hallaba escrito. ¿Lo ignoraba el Sr. Presidente del Consejo de Ministros? Si lo ignoraba, ¡qué imprevisión! Y si lo sabía y lo propuso, ¿cómo calificareis su indiferencia? El príncipe no renunció á las amenazas de guerra. Era ambicioso hasta la crueldad. Pero renunció por él, por un príncipe mayor de edad, casado y coronel, su padre, como si la patria potestad germánica fuera la antigua patria potestad romana. El candidato alemán no vino, y hoy tenemos sometido á nuestros votos un candidato italiano. Si yo fuera monárquico, estaría afligidísimo. La lealtad monárquica ha muerto en España. Es lealtad la adhesión á una persona, á una familia regia. ¿Qué decir de la nación que en el mes de Julio tenía un rey alemán y en el mes de Octubre tiene un rey italiano?

¿Sabéis por qué, Sres. Diputados? ¿Queréis que os explique por qué sucede todo esto? Pues sucede por una razón muy sencilla, y vuelvo á mi tema: porque han cambiado las ideas y los sentimientos; porque no hay en ninguno de vosotros sentimientos ni ideas monárquicas. Y no podía ser otra cosa. El espíritu humano se ha renovado. Los altares que el mundo antiguo elevaba á la fe, los eleva el mundo moderno al raciocinio; el derecho que los jurisconsultos derivaban de Dios y vinculaban en una familia privile-

giada, se ha desprendido de todas las ideas teológicas y se ha concentrado en la naturaleza humana; á las tradiciones monárquicas que hacían del rey la imagen de la patria é inspiraban fervor á los ánimos, han sucedido las tradiciones revolucionarias, por las cuales sabemos que el espíritu humano, para ser grande, ha debido romper la Iglesia y la monarquía como el ave en su nido rompe para vivir y volar el huevo que la aprisiona; á la antigua ciencia escolástica, tan monárquica y tan católica, han sucedido las ciencias naturales que iluminan el universo y arrojan de su seno el milagro, ó la filosofía racionalista que funda la justicia en la libertad y en la igualdad de todos los hombres; al espectáculo de los reyes temidos ó adorados, puestos en el altar junto á los dioses, ha sucedido el espectáculo diario de los reyes destrozados, y á la esperanza de perpetuidad que ofrecían sus herederos, los príncipes de Asturias errantes por el mundo, los delfines de Francia condenados todos á nacer á la sombra del trono y morir á la sombra del destierro; á generaciones inmóviles en la fe de sus padres, generaciones agitadas por el viento tempestuoso de la revolución y ansiosas de renovar y progresar; á históricas aristocracias agrupadas con sus blasones y sus armas en torno de la corona, como los planetas en torno del sol y los satélites en torno del planeta, han sucedido por obra de la imprenta que ha nivelado las inteligencias, por obra del trabajo que ha nivelado las fuerzas, por obra de la revo-

lución que ha nivelado las condiciones del derecho, las democracias invasoras, las cuales han reemplazado el dogma antiguo de la soberanía de los reyes con el nuevo dogma de la soberanía de los pueblos.

Y no me digáis que esos sentimientos los hemos creado nosotros los republicanos. La voz que pedía cuenta á los reyes de sus crímenes de quince siglos, era la voz de un noble, la voz de Mirabeau. Los legisladores que levantaron el monumento de los derechos del hombre en la noche del 4 de Agosto, eran aristócratas. Los primeros en romper el prestigio monárquico, forzando á Carlos IV á una abdicación deshonrosa, vasallos eran, que no ciudadanos. Un general educado en vuestra Ordenanza se levantó en Cabezas de San Juan contra Fernando VII, y un sargento en La Granja contra María Cristina. Monárquicos eran los progresistas que expulsaron la hija de cien reyes y pusieron en su lugar al hijo de un carretero; monárquicos los moderados que tramaron aquel célebre proceso en que la reina era testigo, juez y parte, para abrogar el primer decreto dado en su mayor edad; monárquicos los generales que en Vicálvaro rompieron la regia prerrogativa; monárquica la pluma elocuente que trazó el programa de Manzanares pidiendo un trono, pero sin camarillas que le deshonraran; monárquico el general que puso el gorro frigio sobre las sienes de la ilustre parienta de Luis XVI, obligándola á declarar

que eran once años de deplorables equivocaciones los once años de todo su reinado; monárquicos los diputados reunidos aquí en son de rebeldía y dispersados por los cañones de los reyes; monárquico el ilustre marino que, al enarbolar la bandera revolucionaria en la *Numancia* y en la *Zaragoza*, enarbolaraba el sudario de los reyes, de los emperadores y de los papas; monárquico el general que derribó en Alcolea, y en un día, el trono de quince siglos: de suerte que las instituciones monárquicas han muerto por una descomposición interior, á la cual habéis vosotros mismos, con vuestras fuerzas y con vuestras ideas, contribuído. Así no hay rey posible.

Yo quisiera despertar á los grandes reyes, á los verdaderos reyes, á los reyes de Wetminster, del Escorial y Saint-Denis, y hacerlos venir aquí. ¡Cómo se reirían de nosotros! El rey no nacerá del misterio, sino del convencimiento; no bajará de una nube tonante, sino de una urna electoral y plebeya. El rey no será el padre, sino el hijo de sus súbditos. Su autoridad no descansará en sus derechos, sino en nuestros votos. En vez de aquella corona de oro donde estaban grabados los nombres de San Fernando, de Alfonso X, del Cid, va á tener una corona de talco con los nombres de Prim, de Rivero, de Topete, de Martos, nombres funestos á toda monarquía. Junto á una herencia de vagos privilegios vais á poner otra herencia de sañudas cóleras.

La Iglesia, el clero, no enseñará la obediencia á

ese rey que viene á garantizar temporalmente la libertad religiosa, no; educará á los súbditos de ese rey una universidad racionalista, filosófica, republicana. Y vendrán las nuevas generaciones, y dirán: si me han enseñado que el derecho está en mí, que nació conmigo, ¿por qué me lo usurpan las Cortes Constituyentes? ¿Con qué atribuciones, con qué facultades se sustituyeron las Cortes Constituyentes á mi soberanía y á la soberanía de todas las generaciones? Y á esta pregunta responderá la voz de la revolución. Convenid conmigo en que al examinar los atributos cuasi divinos de la monarquía, la superioridad de un hombre sobre todos los hombres, la superioridad de una familia sobre todas las familias, la inteligencia y la fuerza anejas á esa superioridad, al parentesco antiguo del rey con los dioses y con los héroes, su nacimiento entre nubes de incienso, su nombre grabado desde las Pirámides hasta El Escorial, en todos esos monumentos que parecen restos de otros planetas esparcidos por la tierra, su espada delineando con sangre humeante el mapa de las naciones, su cetro siendo el eje de la tierra, su corona puesta sobre el altar por los sacerdotes, invocada como una inspiración por los poetas, saludada al par de la aurora por los navegantes; ¡ah! completamente deslumbrados por toda esta poesía y toda esta gloria, os dan tentaciones de creer que esa autoridad tan grande, que ese prestigio sobrenatural, no puede salir de las Asambleas, sino